

¿Cómo sobrevive un héroe en la sociedad costarricense? **Juan Rafael Mora, 156 años de altibajos heroicos**

Verónica Ríos Quesada

Recibido: 02/07/2012

Aprobado: 07/07/2021

Resumen

Se analiza el establecimiento y resurgimiento de héroes costarricenses, tanto en la vertiente oficial como en la no oficial costarricense, tomando como base a Juan Rafael Mora Porras como héroe olvidado y reconocido nuevamente gracias a las coyunturas políticas particulares de los últimos años. También se estudia el papel que cumple la literatura en ese proceso y se plantea la necesidad de actualizar y reinterpretar estas figuras. De esta manera, estos héroes podrán prolongar su vigencia y ser significantes para nuevas generaciones..

Abstract

**How does a hero survive in the Costa Rican society?
Juan Rafael Mora, 156 years of heroic ups and downs**

This article analyzes the development and revival of Costa Rican heroes, in the official and unofficial Costa Rica history. It focuses on Juan Rafael Mora Porras as a hero, how he was forgotten and then recognized thanks to recent political circumstances. Ríos studies the role of literature in that process and addresses the importance of promoting new interpretations of Costa Rican heroes. By updating them, they have a chance for surviving and be significant for new generations.

¿Cómo sobrevive un héroe en la sociedad costarricense? Juan Rafael Mora, 156 años de altibajos heroicos. *Revista Comunicación*, 2012. Año 33, vol. 21, núm. 2. Instituto Tecnológico de Costa Rica, pp. 21-30. ISSN impresa 0379-3974, e-ISSN 1659-3820.



PALABRAS CLAVE:

Costa Rican heroes, Juan Rafael Mora Porras, literature, history.

KEY WORDS:

héroes costarricenses, Juan Rafael Mora Porras, literatura, historia.

INTRODUCCIÓN

“Iron Man 2”, “Avispón verde” (*The Green Hornet*), “Linterna verde”, “Hombres X: primera generación” (*X Men: First Class*), “Ghost Rider: espíritu de venganza”, “Los vengadores”, “El increíble hombre araña”, “El caballero oscuro: la leyenda renace” (*The Dark Knight Rises*). Esta decena de películas se proyectó entre el 2011 y lo que va del 2012. Por lo que se prevé para el año próximo, definitivamente las películas de superhéroes no parecen perder popularidad. Su éxito se remonta a décadas atrás. La primera película de *Batman*, por ejemplo, se filmó en 1943, es decir, hace ya más de 60 años. ¿En qué se basa su éxito? Se podría decir que su atractivo se construye a partir de la conexión entre el héroe y la audiencia. Si el público se identifica con las hazañas y los tropiezos del protagonista, supera la prueba. El héroe construye su comunidad de admiradores que, hasta cierto punto, espera algún tipo de reconocimiento también. Es un fenómeno que se traslada fácilmente al mundo del fútbol y los jugadores estrella. La visita a Costa Rica de Lionel Messi en marzo del año pasado, por poner un ejemplo local, causó una gran decepción en los aficionados ilusionados porque esperaban ver jugar a su ídolo y no fue así.

En el mundo real donde los superhéroes escasean, quienes se han ganado el título de héroes lo han hecho gracias a sus hazañas, su valentía y sacrificio. En Costa Rica, cuando hablamos de héroes de hoy, muchos podrían señalar al astronauta Franklin Chang, la boxeadora Hanna Gabriels o el triatlonista Leonardo Chacón. Efectivamente comparten valentía y sacrificio. Sin embargo es difícil afirmar que el 100% de la sociedad costarricense estaría de acuerdo en nombrarlos héroes oficiales y, quién sabe, dedicarles un día al año para celebrar sus logros. ¿Es posible que niños, jóvenes, adultos, ancianos coincidan en su definición de héroe sin importar, además, si vivimos en Cartago, Limón o San José? ¿Existen héroes costarricenses que trasciendan el tiempo y las generaciones? Si le hacemos caso a las celebraciones decretadas por el Estado costarricense hoy por hoy, los costarricenses tenemos tres héroes: Juan Rafael Mora Porras, Juan Santamaría y Pancha Carrasco. Los tres ligados a la campaña contra William Walker de 1856-1857.

Curiosamente, aunque los costarricenses hemos celebrado en mayor o menor medida durante más de un siglo los logros de Santamaría, y en menor medida de Mora, y en incluso menor medida los de Carrasco, estos fueron nombrados oficialmente como héroes muy recientemente. Mora, el 16 de setiembre del 2010. Santamaría, el 11 de abril 2011 y Carrasco en marzo de este año 2012. Tan importante y urgente consideró el Estado esta revalorización de héroes que, para reforzar el mensaje e inculcar en la memoria de la juventud el valor cívico de sus hazañas, el Ministerio de Educación Pública costarricense incluyó cuatro libros de historia en los programas de tercer ciclo y educación diversificada.

Desde el 2011, es decir apenas hace un año, se implementó el programa en el que los profesores de cuarto año enseñan *Los soldados de la Campaña Nacional* de Rafael Arias Sánchez y en quinto *El lado oculto del presidente Mora* de Armando Mora. Además, en noveno año se lee *Clarín patriótico* de Juan Rafael Quesada y como biografía del presidente *Juan Rafael Mora Porras y la guerra contra los filibusteros* de Armando Rodríguez Porras. Los cuatro libros, a pesar de ser de historia, forman parte de la lista de literatura costarricense y eso, a mí, me resulta un tanto extraño.

Este artículo inicia con la polémica inclusión de estos libros sobre Mora, cuya intención básica consiste en reforzar la relación entre el héroe y la comunidad costarricense. El problema de esta estrategia consiste en que ofrece una caracterización simplista del héroe. En la segunda parte, se propone un ejercicio: ¿Qué tal si en vez de libros de historia los estudiantes analizaran textos literarios relacionados con Mora y su condición heroica? De esa manera podría formarse una visión crítica de cómo una sociedad se apropia de sus héroes de diferente manera y según el contexto. Finalmente, en el último apartado, se reflexiona sobre la dificultad de llevar este ejercicio más lejos, dado que la consolidación de héroes no ha sido un punto fuerte en la dinámica costarricense. Como resultado, los héroes costarricenses han tenido una sobrevivencia complicada. Sin embargo, la última década comprueba el resurgimiento heroico, tanto en su vertiente oficial como no oficial.

1. Estado que intenta consolidar su memoria y debate con historiadores profesionales

La inclusión de estos libros de historia en las listas mencionadas no se dio de la noche a la mañana. Es necesario retroceder en el tiempo para entender por qué esta inclusión y la oficialización de los héroes se dieron en los últimos años y no en el 2006, año en que se celebraron los 150 años de la campaña nacional.

Mora, como presidente, no había gozado de un respaldo total por parte del Estado desde su derrocamiento y posterior fusilamiento. Rápidamente y para refrescar la memoria: al finalizar la campaña contra los filibusteros liderados por William Walker en 1857, Juan Rafael Mora Porras terminó su segundo período como presidente e inmediatamente fue reelecto para un tercer mandato en 1859. Hasta ese momento, Mora y sus seguidores habían acaparado el espacio público y parte de su estrategia de consolidación fue promover la campaña como instrumento de cohesión nacional (Cabrera Gesserick, 2012). Sin embargo, no pudo completar ese último período presidencial porque fue destituido y exiliado. En 1860, intentó retomar el poder por la fuerza, pero no tuvo éxito y fue fusilado. Acto seguido sus enemigos intentaron borrar su papel en la guerra contra William Walker e incluso ignorar la campaña misma. Como muestra clara de ese

afán “invisibilizador” de larga duración, la iniciativa por trasladar los restos de Mora a la capital fracasó en 1870 (Molina Jiménez, 2008). Además, en el período de 1859 a 1885, no hubo un norte claro en cuanto a la integración de los recientes acontecimientos militares en una historia nacional, por lo que la figura de Mora mantuvo un perfil muy bajo (Méndez Alfaro, 2007).

A partir de 1885, el panorama político costarricense cambió. Costa Rica logró afianzarse “en el concierto de las naciones” gracias a la caficultura. En ese punto, se rescata la Campaña Nacional. Este proceso no estuvo exento de desvíos, pues la modelación de un héroe, figura fundamental para la fundación del Estado-nación, generó incomodidad entre las facciones políticas que luchaban por su legitimación y ninguna estaba dispuesta a apoyar a Mora. Por eso, a diferencia de lo que sucedió en otros países latinoamericanos, en vez de moldear a Mora como héroe por su conexión real con la población, porque sí tenía carisma, más bien se impulsó progresivamente a Juan Santamaría a partir de 1885. Este muchacho humilde murió quemando un mesón en el cual se escondían los filibusteros el 11 de abril de 1856, fecha de la batalla de Rivas; fue escogido como héroe y Mora quedó relegado (Méndez Alfaro, 2007). Aunque fue lentamente rehabilitado en la memoria colectiva en la primera mitad del siglo XX, no alcanzó nunca el estatus de Santamaría y en la segunda mitad del siglo, después de la abolición del ejército, tanto Mora como Santamaría perdieron fuerza como figuras costarricenses por la contradicción que suponen héroes militares en un país sin ejército (Cabrera, 2012).

Ya para los años setenta la historia, como disciplina, empezó a profesionalizarse en Costa Rica. (El lector tal vez se pregunte cuál es la diferencia entre una historia profesional y una “no profesional”. Esta distinción se refiere a la manera en que se aprende a ser historiador, en que se cuestiona lo escrito y defendido anteriormente, en que se interrogan las fuentes y, sobre todo, en que se proponen temas y formas de abordarlos que resulten innovadores e ingeniosos. La imaginación y la creatividad, en ese sentido, son esenciales en cualquier profesión y la historia, no es la excepción).

Antes de los años setenta, la historia en Costa Rica se escribía desde un punto de vista nacionalista, entendiendo por esto que se centraba en afirmar y reproducir sin cuestionar un discurso de paz, excepcionalidad e igualdad basada en el labriego sencillo para explicar la idiosincrasia costarricense. No interesaba la vida ni la contribución ni las dificultades de los campesinos, de las mujeres, de los indígenas y tantos otros grupos que también forman parte de nuestro tejido social. Entonces, con la profesionalización de la historia, este panorama cambió. Específicamente sobre Juan Rafael Mora Porras como figura histórica, se generaron algunos estudios que exponían más bien “cómo el ascenso de Mora al poder estuvo asociado con un nuevo estilo de administración



del Estado, que al borrar los límites entre lo público y lo particular, condujo a la primera gran experiencia de corrupción en la historia de Costa Rica” (Molina Jiménez, 2008)¹. En consecuencia, estas investigaciones significaron un resquebrajamiento de la figura de Mora y, además, la campaña no se convirtió en un tema en el que los historiadores profundizaran de manera sostenida en el último cuarto del siglo XX (Molina Jiménez, 2008). Resultado: Mora quedó relegado nuevamente.

Ese protagonismo que Mora nunca había obtenido surgió en el marco de la negociación para la firma de un tratado de libre comercio (TLC) entre los Estados Unidos, Centroamérica y República Dominicana a principios de este siglo. El movimiento opositor del TLC explícitamente revisó la historia patria y lo destacó como figura ejemplar. Mora emergió con fuerza dentro de ese contexto político, sobre todo porque esta negociación coincidía con el sesquicentenario de la campaña militar contra William Walker y sus filibusteros en Centroamérica de 1856-1857. Por su papel en esa campaña militar y por su muerte trágica al tratar de recuperar el poder en 1860, fue catapultado como héroe antiimperialista y mártir patriótico.

Los historiadores también vivieron en carne propia esa coyuntura de alta polarización que dividió a la sociedad costarricense con el “no” y el “sí” al TLC. Empero, con respecto a su ejercicio profesional, no toda la comunidad

de historiadores consideró que la filiación política, en ese momento, debía mantenerse al margen de la investigación. Ese subjetivismo y la toma de partido eran parte de la lista de actitudes por erradicar a la hora de profesionalizar la historia de los años setenta. De igual modo, esta diferencia de criterios, décadas después, enciende el debate sobre el rol social de la historia al salir al mercado tres de los cuatro libros que el MEP incluyó en las listas de lectura: *El lado oculto del presidente Mora* (2007) de Armando Vargas, *Clarín patriótico* (2006) de Juan Rafael Quesada (Quesada Camacho y Nadeo Gómez) y *Los soldados de la Campaña Nacional* (2007) de Raúl Arias Sánchez.

Para quienes defienden la profesionalización de la historia por permitir una mirada crítica, estos textos suponen un retroceso por asumir una posición nacionalista en el sentido que expliqué antes. El problema consiste básicamente en que, para mantener intacta la imagen de Mora en estos libros, no se revisó ni se discutió toda la evidencia disponible sobre el tema, no se hizo referencia los textos que se publicaron sobre el clima político económico que se vivió durante las administraciones de Mora. Si se tratara de un juicio, podríamos decir que el veredicto se dicta a favor de Mora, porque se omitieron las pruebas de la fiscalía (Molina Jiménez, 2006). A su vez, el cuestionamiento del proceder académico de dichos textos no fue bien tomado por los autores. Cuando



el debate llegó a la red, derivó en acusaciones de traición a la patria por parte de un sector de la ciudadanía. Dedujeron que los historiadores profesionales enfrascados en la polémica no solo denigraban el buen nombre de Mora, sino que además compartían una postura pro TLC. No consideraron los criterios profesionales que forman parte del ejercicio de la historia.

En todo caso, los libros por los cuales se inició el debate recibieron una gran cobertura, más que cualquiera de los otros libros que se publicaron a raíz del sesquicentenario. El Ministerio de Educación Pública decidió, después de otro debate, incluir los cuatro libros con el fin de afirmar la base más joven de esa comunidad de admiradores, retomando la analogía con los superhéroes. Y esta inclusión se hizo haciendo caso omiso de las recomendaciones de que también se estudiaran textos que les diera a los estudiantes un mayor contexto de la situación económico-política de la década de 1850. Se promueve entonces una visión de corte nacionalista que prefiere no discutir las críticas y, por ende, muestra un cuadro simplificado de un período extremadamente complejo (Díaz, 2008).

Por otra parte, no basta con brindarle a la población “un conocimiento histórico actualizado y críticamente considerado”, estrategia que defiende la comunidad académica de historiadores (Molina Jiménez, 2006). Más allá de ese desfase entre las expectativas sociales y el ejercicio profesional de la historia, lo que más atrae la atención del debate fue que, en las intervenciones de los participantes no historiadores, se repetía la necesidad de contar con Mora como héroe para enfrentar la coyuntura política contemporánea que se repetía. Que las películas de superhéroes sean tan exitosas en Costa Rica y en el mundo entero, se explica justamente por esa misma necesidad de heroísmo, por la atracción muy humana por modelos que seguir, que nos inspiren en nuestro día a día. Brindarle a la sociedad herramientas críticas no es suficiente. Los superhéroes, la necesidad de modelo y guía, o simplemente la inspiración no van a pasar de moda. Es en este punto donde la literatura, como otra forma de expresión artística, hace una diferencia.

2. La literatura y un ejercicio para el Ministerio de Educación Pública (MEP)

La literatura construye sentidos, versiones de los héroes, así como *Batman* se renueva cada vez que se hace una nueva película sobre él. Por eso, un buen ejercicio para el Ministerio de Educación Pública podría ser que, en lugar de ofrecer una visión monolítica y polémica de un personaje como Juan Rafael Mora Porras, se practicara un ejercicio diferente, más crítico y sobre todo, aún con la lista de lectura de literatura costarricense: estudiar cómo la sociedad se apropia de la figura de estos héroes para hacer comprender que cada generación es responsable de construir o no sus propias versiones de Mora, de Santamaría y de Carrasco, de tal manera que se mantengan

siempre actuales sin importar la fecha. A continuación, se comparan entonces la representación del héroe Juan Rafael Mora Porras en dos autores separados por un siglo: las novelas de Manuel Argüello Mora de 1899 y la novela de Cristóbal Montoya, *Los secretos inolvidables del capitán Marín. Un viaje patriótico personal* de 2008.

2.1 Novelas de Argüello

Manuel Argüello Mora, fue sobrino del ex presidente y partícipe en la invasión a Costa Rica de 1860. A diferencia de los escritores más jóvenes de su tiempo, él buscó restituir el legado de su tío con tres novelas: *Margarita*, *Elisa Delmar* y *La trinchera*. Es importante aclarar que, a la hora de estudiar estos textos, no interesa qué tanto se desvíe Argüello de lo que hasta hoy aceptamos como conocimiento histórico, sino más bien estudiar cómo, a través de estos textos, se representa la figura de Mora.

En sus novelas, las muertes de Mora y Cañas le dan sentido a la violencia generada por el intento por recuperar el poder en 1860 y en donde se enfrentaron a los mismos soldados que habían comandado muy recientemente contra Walker. El fusilamiento de Cañas se relata en *Elisa Delmar* y el de Mora, en *La Trinchera*. Justamente por el conflicto que les plantea a los soldados ejecutar la orden, son los propios Mora y Cañas quienes, en las novelas, asumen el mando y ordenan disparar (Argüello Mora, 2007). Se representa así claramente el temor ante el padre de la patria y el sacrificio que ambos líderes realizan por sus hijos para evitar más sangre.

Por otra parte, aunque su presencia es vital, el pueblo no ocupa un rol determinante², pues no puede evitar la tragedia. El desenlace es obra del destino, un mal necesario e inevitable. Sin embargo, vale la pena señalar que el pueblo se retrata como ejemplo de fidelidad y valentía, pero necesitado de guía. En función de esa caracterización, el motivo de la adoración se repite con frecuencia en las novelas y Mora se representa como el patriarca amado por hombres y mujeres. Vale la pena enfatizar el rol de las mujeres en estas novelas, pues ellas se arriesgan por Cañas y Mora. Están dispuestas a poner a su servicio toda su malicia, urdir planes, disfrazarse y crear así vías de escape para ellos³. En el caso de los hombres, los costarricenses son los únicos que se mantienen leales a Mora y no le temen a la muerte. En una carta, Julio Valera, el protagonista de la novela *La Trinchera*, describe el combate a un amigo: “Todo lo que no era costarricense de raza blanca huyó” (p. 182). Así, no solo se evidencia la cobardía de los combatientes extranjeros de las filas moristas y por ende el rechazo a lo extranjero, incluso aunque sea aliado, sino que se subraya la blancura de la piel como rasgo de la valentía costarricense⁴. Es una afirmación que claramente la sociedad actual condenaría por su evidente racismo.

Retomando el planteamiento central de los textos de historia incluidos en las listas del MEP y la manera en

que centran el heroísmo de Mora en su papel como líder de la campaña del 56, no deja de intrigar que Argüello no nos cuente la historia de Mora, por lo menos desde su participación en 1856 hasta su caída en 1860. Su derrota y su fusilamiento en Puntarenas no implican un cambio político, pues quienes lo derrocaron siguen en el poder. ¿Por qué sólo contar el final? Tal vez porque interesa más el paralelo entre su muerte y el desenlace de la trama romántica.

Por ejemplo, la novela *La Trinchera* ficcionaliza el conflicto familiar entre concuños, es decir, entre Mora como ex presidente derrocado y Montealegre como golpista y cuñado (estaba casado con una de sus hermanas⁵). El conflicto entre ellos se representa a través del joven protegido de Mora, Julio Valera, y Ester Montealegre, hija del archienemigo morista y por tanto sobrina del presidente. Valera, sin saber quién es Ester, se enamora de ella. Cuando se da cuenta, no sabe qué hacer, pero sigue adelante con sus planes para echar abajo el gobierno ilegal de Montealegre. De la nada, aparece un misterioso personaje, tan misterioso que no tiene nombre, Mr. X. Es un pretendiente de Ester supuestamente aprobado por su padre. Mr. X, al saber que Julio y él persiguen el amor de la misma mujer, lo reta a duelo. En el momento del duelo, sin que el narrador explique por qué, Valera se deja asesinar por Mr. X. En los momentos de su agonía, su sacrificio cobra sentido. La sirvienta de Ester lleva a la escena del duelo una carta escrita por la muchacha. En ella señala que, si alguno de los dos duelistas muere, a ese será al que recuerde y, al asesino, lo aborrecerá (195).

La metáfora permite entender que el alto al conflicto prevalece sobre el derramamiento de sangre. Se trata de recuperar la convivencia y mantener al margen la intervención extranjera, personificada en este caso por Mr. X. Argüello propone la conciliación y la paz como valores fundantes de la sociedad costarricense, en un momento decisivo en el contexto latinoamericano. Las novelas se publicaron en 1899, es decir, apenas un año después de la guerra entre los Estados Unidos y España, en la que Puerto Rico y Filipinas se convirtieron en protectorados estadounidenses. Es el momento en que se empieza a sentir con más fuerza la doctrina del Destino Manifiesto y también la influencia económica y comercial de los Estados Unidos sobre los gobiernos centroamericanos. Como se puede apreciar, el heroísmo de Mora, en estas novelas de Argüello, radica más bien en su fin, no en su papel como líder en la guerra contra William Walker. El Mora/Jesús de Argüello presupone la llegada de mejores tiempos si la sociedad se une.

2.2 La novela de Cristóbal Montoya

De la novela de Cristóbal Montoya *Los secretos involudables del capitán Marín. Un viaje patriótico personal*, en primer lugar interesa resaltar la construcción heroica de Mora y en segundo lugar, el protagonismo de José Joaquín Marín, una figura popular que —a diferencia de Juan

Santamaría— cuenta su propia historia. La novela gira en torno a Marín y a su familia. Volviendo a Mora, en la novela es visto como el padre de la Patria y en el texto se refuerza esta simbología del padre pues el capitán Marín, es huérfano. Sin embargo, Mora se perfila como un “padre” problemático en la novela, pues previo a la campaña del 56 no dudó en expropiar a los campesinos por no cumplir con las cuotas de los prestamistas y justamente, el padre de Marín fue uno de los expropiados.

En el texto, el factor de cambio es la campaña militar de 1856, pues por primera vez Mora como presidente se confronta con la gallardía del pueblo bajo su mando y comprueba la magnitud de esa lealtad. Andrea Bonilla, la madre de Marín, le salva la vida en Rivas (143) a pesar de la expropiación que los sumió en la pobreza. Ese acto de puro heroísmo y la guerra en sí, lo lleva a replantearse su papel como jefe de Estado y se da cuenta de que ha gobernado para la élite cuando en realidad se debe a su pueblo.

Además, Mora como personaje se convierte en mártir, por sufrir la traición de sus pares oligarcas. La guerra contra los filibusteros es, según esta interpretación, uno de los puntos de desacuerdo entre la élite y Mora, no el centro del heroísmo del presidente. Después de la confesión y consecuente cambio de actitud del personaje ficticio las diferencias entre los oligarcas y Mora se profundizan drásticamente. Como explicación a la caída de Mora, se adelanta que sus contrincantes pertenecen a una conspiración capitalista. Señala el narrador que, para la élite, Juan Rafael Mora era un peligro porque, entre otros asuntos, estaba devolviendo y repartiendo tierras a los desposeídos (229)⁶.

Ambiciosamente el texto plantea que esa relación gobernante-pueblo se proyecta a través del tiempo mediante una carta que, momentos antes de morir, Mora le entrega a la madre de Marín (p. 280) y que pasa de generación en generación hasta llegar al 2006 y al contexto de las negociaciones del TLC. Termina con la misma escena inicial: una reunión de amigos en torno a un documento escrito por Juan Rafael Mora Porras. El inicio está marcado por una de las proclamas de Mora Porras frente al advenimiento de la guerra contra Walker. El final está marcado por esa carta que finalmente, según las instrucciones del propio Mora, puede abrirse y en la que se dirige a los costarricenses del futuro exhortándolos a que protejan al país de las amenazas externas e internas (295). En otras palabras, por medio de la ficción se busca darle a Mora esa continuidad heroica que persigue el MEP y se hace de modo tal que el narrador sea el pueblo mismo.

En ese sentido, el texto de Montoya articula la participación de los sectores marginados por la historia nacionalista analizada antes. En la ficción, las hazañas del pueblo, o más bien la participación de este en el destino nacional, se remonta décadas atrás del enfrentamiento contra Walker. Se subraya, por ejemplo, la importancia

de la intervención popular previa a la campaña de 1856 con la narración del paso de Morazán por Costa Rica.

La novela de Montoya también presenta la cotidianidad de la guerra por medio de las vivencias del capitán Marín. Esta experiencia descrita en la novela, fomenta la unificación del territorio y sus habitantes, ya que promovió no solo el reconocimiento entre los costarricenses que vinieron desde diferentes puntos del país, sino también lazos de amistad y amores. El capitán Marín y su familia es un ejemplo. Él y su esposa se conocen en Puntarenas porque el ejército hace una parada allí, en su camino hacia la frontera entre Costa Rica y Nicaragua. Asimismo, la unión nacional se cataliza a través del dolor y las pérdidas humanas que causó la epidemia del cólera, que históricamente cobró el 10% de la población costarricense⁷. En la novela, Marín, convaliente de la amputación de una pierna, debe hacer el recorrido de vuelta a la capital josefina, acompañado de los soldados enfermos. Su estadía en el hospital permite mostrar, a través del intercambio de opiniones entre él y su madre, la magnitud de la epidemia (185-202).

Por otra parte, el pueblo (los soldados) crean lo que más tarde serían introducidos y popularizados como símbolos patrios por el gobierno. El mejor ejemplo es el himno "La patriótica costarricense", compuesto por Manuel María Gutiérrez. En la novela se resuelve el misterio de la letra al presentarlo como creación colectiva de los soldados y de Gutiérrez⁸.

En suma, al hacer el resumen del ejercicio literario, pueden verse las diferencias y semejanzas entre los textos de Argüello y Montoya. Por una parte, al primero le interesa más subrayar el valor de la conciliación y la paz en un momento de gran conmoción política. La figura de Mora y su muerte son las metáforas que dan sentido a esa dirección que se plantea para una Costa Rica de principios del siglo XX, que gira en torno a la sumisión popular y el liderazgo de grandes figuras. Por otra parte, a Montoya le interesa subrayar el compromiso de Mora con la sociedad y sobre todo enfatizar la responsabilidad del pueblo costarricense en la construcción de su propio destino. Es una propuesta de héroe que dialoga con el contexto social del 2006 y el movimiento popular originado tanto por el rechazo al llamado "combo del ICE", como por las negociaciones del TLC. En otras palabras, ambas construcciones heroicas responden a momentos y expectativas sociales diferentes. No se trata de que haya una versión correcta, sino de evidenciar cómo una sociedad se apropia de un héroe y cambia la manera en que se percibe, según sus propias necesidades.

Tal vez sea muy pronto para pensar que el Ministerio de Educación Pública decida cambiar de acercamiento y aprobar la lectura de una novela como de la Montoya que tan abiertamente se declara en contra del TLC. ¿Se podría pensar entonces en sustituir esta novela por otra? ¿Tal vez alguna de un autor más conocido? La respuesta es muy simple: no, no se puede,



pues esas son las únicas novelas que se han escrito en toda la historia literaria costarricense que tratan directamente sobre la figura de Mora.

3. Dificultad heroizadora en Costa Rica, el ejemplo de la literatura

Ya para finalizar, se reflexiona aquí acerca de la escasez de textos sobre Mora, Santamaría y Carrasco ligada a la dificultad para “heroizar” (si se me permite el neologismo) en la literatura costarricense. Obviando los textos escritos con motivo de las celebraciones oficiales, desde Argüello hasta el presente solo se cuenta una docena entre novelas, compilaciones de cuentos, obras de teatro y antologías de poesía⁹.

Más allá de los problemas a la hora de abordar la figura polémica de Mora Porras a finales del siglo XIX, señalados ya el primer apartado, en esos tiempos se reproducían documentos históricos que subrayaban la importancia de la Campaña Nacional e incluso se crearon materiales para la enseñanza. En otras latitudes se utilizó la literatura como herramienta para fortalecer la conexión entre héroes y sociedad¹⁰. Sin embargo, la literatura costarricense se desasoció de la campaña del 56. De ninguna manera se podría afirmar que la figura de Mora funda la literatura costarricense. Empero, es importante señalar que las novelas de Argüello no fueron bien recibidas en su tiempo, simplemente se ignoraron. Simplificando el panorama, se podría decir que a principios del siglo XX se borra la épica y a cambio, domina el costumbrismo¹¹.

Posteriormente, los escritores entre 1910 y 1940, representaron el contrapeso crítico frente a los intelectuales abocados al fortalecimiento del nacionalismo costarricense y su supuesta excepcionalidad (Jiménez Matarrita, 2002). Sin embargo, una vez finalizado el conflicto civil de 1948, en conexión con el desinterés acerca de la campaña del 56 por presentar héroes militares en un país sin ejército, se desvanece también una literatura más crítica y combativa, pues los escritores izquierdistas se exiliaron y los que se quedaron prefirieron no tomar una actitud confrontativa, pues tenían mucho qué arriesgar¹².

El panorama cambia en la década de los noventa. La literatura costarricense finalmente se abre al diálogo y a la crítica social (Cortés, 2005). Ejemplo de esa apertura son novelas como *La loca de Gandoca*, *Limón Blues* y *Limón Reggae* de Anacristina Rossi, *Calypso*, *Asalto al paraíso*, *El año del laberinto* de Tatiana Lobo, *El pavo real* y *la mariposa* de Alfonso Chase, *Cruz de olvido* de Carlos Cortés, entre otras. En ellas, se apuesta por el protagonismo de las mujeres, de los indígenas, en pocas palabras, de los grupos más marginados en la historia nacionalista y que la historia profesional ya había empezado a tomar en cuenta. Como reverso de la moneda, es una literatura que evita escribir sobre figuras importantes o polémicas de la historia costarricense¹³.

Por eso, en contraste, destaca la novela de Montoya. No le interesa mostrar el sufrimiento de un grupo en particular, sino valorar la cohesión y la bravura de un pueblo costarricense homogéneo que se enfrenta a una clase de dirigentes políticos divorciada de la sociedad y su desarrollo. Desde el punto de vista de los historiadores académicos, la novela de Montoya definitivamente podría causar cierto revuelo por proponer una visión más acorde a los historiadores tildados de “nacionalistas”. Y se afirma que “podría”, en condicional, porque la novela *Los secretos inolvidables del Capitán Marín. Un viaje patriótico personal* (2008) de Cristóbal Montoya ha pasado totalmente bajo el radar. No tuvo una campaña de promoción; es más, ni siquiera fue publicada por una editorial. El autor financió la edición.

Haciendo referencia a lo expuesto antes sobre Argüello, pareciera entonces que tanto sus novelas como la de Montoya son realmente excepcionales en sus respectivos siglos. Curiosamente, en ninguna de las obras de Montoya y Argüello, la campaña contra Walker es el punto central del heroísmo de Mora, es más bien su muerte y su sacrificio lo que se resalta como metáfora para una Costa Rica mejor. Es una versión más trágica e incluso me atrevería a señalar que resulta más cinematográfica.

Conclusión

La sociedad es responsable de mantener vivos a sus héroes. Se trata de un proceso dinámico en el que intervienen tanto los gobiernos como la sociedad en general (Cabrera, 2012). Retomando la figura de Mora y el debate en torno al conocimiento histórico, el hecho de que la sociedad sea capaz de reconocer sus errores y de sopesar su gestión con ojo crítico, no impide que siga siendo un héroe costarricense. De hecho, los héroes trágicos latinoamericanos son los que más abundan.

Retomando por última vez el tema de las películas de superhéroes, está comprobado que definitivamente la globalización no es una mata-héroes. A fin de cuentas, la dinámica cultural en ese contexto es que se sigue dependiendo de situaciones, instituciones y actores que se explican justamente en el marco de la nación (López, 2004). Como señala David Díaz (2008), es importante «observar la invención nacional (...) como un espacio de lucha en la construcción del recuerdo». Montoya y Argüello evidencian en sus textos la imposibilidad de suprimir el deseo por retornar al origen y la nostalgia por el país (Derrida, 1995). Por tanto, en lugar de temer la desaparición de Mora, Santamaría y Carrasco de nuestra memoria, es necesario promover más bien que las nuevas generaciones les impriman su propio sello a estas figuras.

Notas

¹ En la nota al pie n°66 de su artículo “La Campaña Nacional (1856-1857): investigación histórica y pro-

ducción literaria”, Molina enumera los trabajos sobre esta temática. Son tanto producto de investigadores nacionales como tesis de doctorado de universidades de los Estados Unidos.

- ² La lucha fratricida inter pares es una lucha entre miembros de la élite. Señala Iván Molina que el ejército, cuya militarización se fortaleció en la década de 1850, no se utilizó contra el pueblo, sino para dirimir batallas entre facciones de la élite (Molina Jiménez, “El 89” 181).
- ³ El travestismo es una estrategia común en estos textos sobre la campaña. Se presenta por primera vez en la zarzuela “La guarda del campamento” (1873) de José Lleras y también en la novela *El Erizo* (1922) de Carlos Gagini, la cual estudio en el tercer capítulo de este trabajo.
- ⁴ Ref. Acuña Ortega, 2012.
- ⁵ Sobre la endogamia de la élite costarricense, consultar Stone (1993).
- ⁶ Señala la historiadora Carmen María Santana (2009) que la creación del banco se planteó más bien como medio para solucionar la crisis fiscal. La alianza con el argentino Cristiano Medina provocó resquemor entre la élite costarricense, en gran medida porque el socio no pertenecía a ésta. El fracaso del banco, además, se explica también por causas externas al gobierno y conflictos entre socios del banco una vez que éste se vio en problemas. Consultar Santana Fallas (2009, 23–25).
- ⁷ Cfr. Botey Sobrado (2008).
- ⁸ Actualmente, gracias a las indagaciones de Armando Vargas se sabe que la letra es una adaptación del poema “A Cuba” (1850) del cubano Pedro Santilicia. Consultar Benavides Rivas.
- ⁹ Si se repasa brevemente la historiografía literaria costarricense, como iniciador podemos mencionar a Manuel Argüello, sobrino del presidente, quien publicó en 1899 las novelas históricas analizadas en la sección anterior. En la primera mitad del siglo XX, podemos mencionar a Manuel de Jesús Jiménez y su crónica *Honor al mérito*, un cuento de Luis Dobles Segreda titulado *Por amor a Dios* de 1928 y la novela *El Erizo* de Carlos Gagini (1922). Pasan casi 50 años antes sin que se escriba nada más, hasta que Alfonso Chase publica su antología poética *El libro de la patria* en 1976. Pasan otros veinte años más, hasta la publicación de la colección de *Cuentos del 56* de Carlos Altamirano en 1996. Ya más recientemente, Arroyo publicó el drama *La tea fulgurante: Juan Santamaría o las iras de un dios* en el 2006; Dionisio Cabal publicó el drama *El vuelo a la libertad* (2011), Antidio Cabal divulga la compilación poética *Cantar de gesta de Juanito Mora*. Solo falta mencionar la no-

vela de Montoya del 2008 que analicé en el apartado anterior.

- ¹⁰ Consultar, por ejemplo, de Juan Poblete *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales*. En este libro, Poblete señala cómo el Estado chileno buscó la manera de influir directamente en la producción novelística chilena para beneficio del proyecto nacional.
- ¹¹ Al respecto de la tensión epicidad-domesticidad es importante anotar que Costa Rica no es el único país centroamericano en el que se evidencia el debate por las implicaciones de ambos polos en la producción literaria. En el caso salvadoreño, según Ricardo Roque Baldovinos, la primera producción literaria ubicada entre 1840-1880 se decantaba por lo doméstico y se caracterizaba por la inmadurez del campo literario, mientras que en el segundo período, a partir de 1880, marcado por mecenazgos literarios y ligado al devenir de la historia como disciplina se ubican los textos literarios históricos/épicos de Francisco Gavidia sobre la independencia (Roque Baldovinos, 2002), en los cuales el enemigo es el español, no William Walker, pues a diferencia de Costa Rica, en El Salvador sí se luchó activamente por la independencia.
- ¹² Remítase a Jiménez Matarrita (2002) y Solís Avendaño y González O. (1998).
- ¹³ Los literatos más avezados no se aventuran a ficcionalizar siquiera figuras polémicas, son otros quienes lo hacen. Posiblemente el mejor ejemplo sea la novela del nicaragüense Sergio Ramírez *La fugitiva* (2011), en la que representa tres figuras femeninas costarricenses que marcaron la historia cultural del país: las escritoras Yolanda Oreamuno –sobre quien gira la trama– y Eunice Odio, así como la cantautora recientemente fallecida Chavela Vargas.

Referencias bibliográficas

- Acuña Ortega, V. H. (2002). La invención de la diferencia costarricense. *Revista de Historia (Costa Rica)*, 45, 191–228.
- Altamirano, C. (1996). *Cuentos del 56*. San José: Editorial Costa Rica.
- Argüello Mora, Ml. (2007). Elisa Delmar. *Obras literarias e históricas*. Ed. Manuel Argüello Mora. San José: Editorial Costa Rica, 141–160.
- _____, ed. (2007). *Obras literarias e históricas*. San José: Editorial Costa Rica.
- Arias Sánchez, R. F. (2007). *Los soldados de la Campaña Nacional (1856-1857)*. San José, C.R: EUNED.
- Arroyo, J. (2006). *La tea fulgurante: Juan Santamaría, o, Las iras de un dios*. San José: Editorial Costa Rica.

- Benavides Rivas, R. (27 junio, 1999). Patriótica con aroma a Cuba. *La Nación* [versión electrónica], descargado el 01 de mayo de 2012, desde <http://www.nacion.com/dominical/1999/junio/27/dominical7.html>
- Botey Sobrado, A. M. (2008). La epidemia del cólera (1856) en Costa Rica: una visión de largo plazo. *Diálogos. Revista Electrónica de Historia. Vol. Especial*, 345–377.
- Cabal, A. (2011). *Cantar de gesto de Juanito Mora*. San José: + Cultura Producciones.
- Cabal, D. (2001). *El vuelo a la libertad*. San José: + Cultura.
- Cabrera Geserick, M. (2012). The Legacy of the Filibuster War: National Identity, Collective Memory, and Cultural Anti-Imperialism. *Arizona State University*.
- Cortés, C. (2005). El fin de mito de la igualdad. Breve panfleto contra el “aprismo” literario: (Para una sociología de la literatura postsocialdemócrata). *Literaturas centroamericanas hoy: Desde la dolorosa cintura de América*. Ed. Karl Kohut y Werner Mackenbach. Madrid, Frankfurt: Iberoamericana; Vervuert, 147–153.
- Derrida, J. (1995). *Mal d'archive : une impression freudienne*. Paris: Galilée.
- Díaz, D. (2008). Campaña Nacional y memoria conmemorativa. Un análisis historiográfico. *La Campaña Nacional (1856-1857): historiografía, literatura y memoria*. Ed. David Díaz e Iván Molina Jiménez. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 37–69.
- _____. (2008). El sesquicentenario de la campaña nacional y la historiografía costarricense. *Revista de Historia*, (57-58), 175–202.
- Gagini, C. (1922). Ed. *El Erizo*. 2ª edic., San José: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia.
- Jiménez Matarrita, A. (2002) *El imposible país de los filósofos*. San José: Editorial Arlekin, Ediciones Perro Azul.
- Jiménez, M. J. (1964). *Selecciones*. San José: Editorial Costa Rica.
- Lleras, J. M. (2001). *La guarda del campamento. Ligero episodio de la Guerra Nacional de Centro-América*. Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.
- López, S. (2004). National culture, globalization and the case of post-war El Salvador. *Comparative Literature Studies* (41.1), 80–100.
- Méndez Alfaro, R. A. (2007). *Imágenes del poder. Juan Santamaría y el ascenso de la nación en Costa Rica (1860-1915)*. San José: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia.
- Molina Jiménez, I. (1989). El 89 de Costa Rica: otra interpretación del levantamiento del 7 de noviembre. *Revista de Historia* (20), 175–192.
- _____. (2006). En defensa del análisis histórico. A propósito de algunas obras recientes sobre la guerra de 1856-1857 contra los filibusteros. *Revista Historia de América* (137), 211–227.
- _____. (2008). La Campaña Nacional (1856-1857): investigación histórica y producción literaria”. *La Campaña Nacional (1856-1857): historiografía, literatura y memoria*. Ed. David Díaz e Iván Molina Jiménez. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Montoya Marín, C. (2008). *Los secretos inolvidables del Capitán Marín: Un viaje patriótico personal*. San José, C.R: Autor.
- Poblete, J. (2003). *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Quesada Camacho, J. R. y Nadeo Gómez, T. (2006). *Clarín patriótico: La guerra contra los filibusteros y la nacionalidad costarricense*. Alajuela, Costa Rica, [Costa Rica]: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría; Ministerio de Cultura Juventud y Deportes; Colegio de Licenciados y Profesores en Letras, Filosofía, Ciencias y Artes.
- Roque Baldovinos, R. (2002). La formación del espacio literario en El Salvador en el siglo XIX. *Istmo. Revista de estudios literarios y culturales centroamericanos* (3). Descargado el 01 de mayo de 2012 desde <http://istmo.denison.edu/n03/articulos/espacio.html>
- Santana Fallas, C. M. (2009). *La Política y la Élite Cafetalera en la Década de Mora Porras*: Escuela de Historia. Universidad de Costa Rica.
- Segreda Dobles, L. (1928). *Venao. Por el amor a Dios*. Ed. Luis Segreda Dobles. 2ª ed., San José: Libería Lehmann (Sauter & Co.).
- Solís Avendaño, M. A. y González O., A. (1998). *La identidad mutilada: García Monge y el Repertorio americano 1920-1930*. 1ª ed., San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Stone, S. (1993). *El legado de los conquistadores: Las clases dirigentes en la América Central desde la Conquista hasta los Sandinistas*. 1ª ed. de la 1ª traducción autorizada. San José, Costa Rica: Editorial Universidad Estatal a Distancia.
- Vargas, A. (2007). *El lado oculto del Presidente Mora: resonancias de la Guerra Patria contra el filibusterismo de los Estados Unidos (1850-1860)*. San José: Editorial Juricentro.